

Suboficiales en la Historia

Por: Miguel PARRILLA NIETO

SARGENTO GARCIA MARCOS

• RESISTENCIA EN EL BLINDADO N.º 5



LA gran retirada del año 24, que despejó la zona de Xauen de blocaos y puestos mal defendidos para agrupar las tropas españolas sobre Tetuán, apenas aparece registrada en la historia general de la guerra de Africa poco más que como una serie de disposiciones y mapas que sistemáticamente van siendo archivados en los estados mayores de las grandes unidades; pero entre la frialdad esquemática y concisa del informe, el número y la curva de nivel, parece percibirse un substrato eternamente vivo que pugna por dar a conocer sucesos de interés estrictamente humano, cada uno por sí mismo, tan elocuente al menos como una montaña de órdenes y planos.

José García Marcos, sargento de Ingenieros, prestaba sus servicios en el Grupo Mixto de Autos y Radio de Tetuán, en la evacuación del territorio la correspondió la misión de proteger la retaguardia de su columna; él como el también heroico sargento Juanola, conducía un camión blindado que, a modo de TOA, alojaba en su interior un pelotón de fusileros mandados por el mismo sargento conductor.

El día 10 de diciembre de 1924, a mitad de camino entre el zoco de Beni-Hassan y el puesto de Tarnes, quedaba el blindado averiado y a su alrededor, aparecía, vociferante y agresiva, una masa de moros que disparaba sobre las chapas del vehículo produciendo un lúgubre concierto entre el silbar de las balas y el sonido estridente de rebotos y golpeteo de hierros.

Dentro, García Marcos intentando a duras penas mantener el equilibrio entre sus hombres, apiñados en posturas inverosímiles, prepara la defensa. Reinstala la ametralladora que ha quedado desplazada de su afuste, y al segundo ataque, intentando desbordar el singular blocao, los rifeños retroceden desde el chasis mismo del vehículo empujados hacia atrás por un mortífero alubión de fuego.

Son las once de la mañana. Desde las escotillas se alcanza a ver la retaguardia de la columna que va

perdiéndose en la lejanía tras la masa terrosa de un otero. Nadie parece haberse dado cuenta de la situación en que ha quedado el camión blindado n.º 5, solo, entre el barro y la desolación inhóspita del paisaje africano.

Prosiguen a intervalos ataques y defensa. El camión cercado parece un monstruo agonizante que hiciese de sus estertores volcanes de metralla; pero no expira, en sus entrañas metálicas hay hombre que se resisten a permitir la ejecución de su propia sentencia de muerte.

Cerca del escenario donde se está representando la tragedia, algún harqueño ha descubierto un mulo caído entre las breñas, y que porta, afianzado sobre los bastes, un pequeño cañón. Un grupo se apresura a desmentarlo y a poco, se halla instalado frente al vehículo. La precisión con que en un primer intento se dispara la pieza, no es precisamente un prodigio de puntería; pero una y otra vez acaba por acertar al blanco; y el blindado, sacudido por el impacto, se inclina y hunde más aún hacia el costado en que quedase embarrancado.

García Marcos viendo el nuevo giro de la situación decide neutralizar la pieza; pero dado lo inadecuado de su armamento, parece que sólo una sorpresa suicida puede tener alguna posibilidad de éxi-

to; así, se plantea el modo de efectuar una salida y apoderarse del cañón.

La empresa apenas si permite la mínima preparación, únicamente el valor y la oportunidad pueden contar en favor de quien lo intente. El sargento elige a tres hombres entre los nueve que con él han quedado atrapados; calcula la distancia, apenas una carrera rápida y sin pérdida de tiempo, porque ya están cargando el tubo para un nuevo disparo.

La puerta del blindado se despega lentamente, casi como una hoja removida por la brisa. Los rifeños, apostados a escasos metros del vehículo, forman corrillos expectantes, confiados en la superioridad de la posición, el armamento y el número. De golpe, se levanta la portezuela de la cabina, y un tableteo de ametralladora parece enmarcar por dos haces de metal ardiente la recta con donde cuatro hombres, convertidos en diablos de exterminio, avanzan, como una tromba, hacia los servidores de la pieza.

Proyectiles cruzados, brillo de gomas, sangre, coraje y odio se mezclan en secuencia alucinante en solo unos segundos. García Marcos y sus hombres ponen fuera de combate a los agarenos que gobiernan el arma, arrastran el cañón en un supremo esfuerzo y de regreso, repuestos los rifeños de la sorpresa, arrecia la metralla, caen dos soldados y a la puerta misma del blindado se desploma un tercero.

Toman el cañón desde el interior del vehículo izándolo a bordo y mientras tanto, el sargento García Marcos parapetado unos instantes tras la carrocería, sale de nuevo al descubierto para recoger al herido más alejado, un moribundo que ha sido alcanzado a menos de diez metros del auto. Los otros dos intentan avanzar a rastras, pero uno de ellos cae definitivamente en tierra con el cráneo destrozado.

Nuevamente encerrados en el forjón de chapa, resisten una tras otra

las feroces acometidas de la harca. Declina la luz y a un día de pesadilla sucede una noche de supremo espanto. Desde las ventanillas puede verse el movimiento restante de chilabas que describen evoluciones extrañas; parecen portar brillantes utensilios que, no obstante la oscuridad del cielo encapotado, destellan como fugaces luminarias de la muerte.

¿Serán latas de gasolina. Tal vez gomas o quizá algún otro objeto reluciente? Lo cierto es que avanzan, se acercan al blindado y tras un breve cambio de impresiones en el interior y por segunda vez, la puerta del vehículo gira sobre sus goznes para dejar salir, con el máximo sigilo, a un grupo encabezado una vez más por el sargento.

Agazapados tras la masa del blindado, poco tienen que aguardar sus defensores para abrir el fuego. Un alarido da paso al intercambio de disparos, y esta vez la oscuridad del cielo se ilumina con mortífera traca que estalla en todas direcciones. Del suelo parecen levantarse las chilabas, que describen en el aire un aleteo de gigantesca bandada de vampiros, seres nocturnos que caen abatidos con destreza por armas a punto de fusión.

Y entre el cabrilleo de sombras y de luces, también los hombres del blindado sienten la mordedura de un plomo sin origen. Pero al calor de la pólvora sigue el gélido contacto del acero, y una feroz lucha cuerpo a cuerpo se entabla entre la dotación en pleno del vehículo y la siniestra escolta de fantasmas.

A la noche siguiente, después de un día tenso en el que apenas cesa el estampido de las armas, los supervivientes del blindado n.º 5 se aprestan a la evacuación. No hay municiones, ni agua, ni esperanza razonable de rescate. De los diez hombres del vehículo, incluido el sargento, cuatro han muerto, otros tantos están heridos y solo García Marcos y uno más continúan ilesos, la salida pues no puede demorarse.



Llueve a torrentes. Una densa cortina de agua impide ver a un paso de distancia. ¿Hacia dónde dirigirse? Las referencias no existen ni en la tierra ni en el cielo. Los pies de García Marcos se hunden en el barro y el ruido prieto de la lluvia ahoga el chapoteo. Desde el estribo alguien carga a sus espaldas un hombre agonizante. Sale otro también con un herido a cuestas, y por último, dos sombras semiarrastras; es cuanto queda ya de los heroicos resistentes del blindado. Dentro, la impedimenta, cajas de cartuchos vacías, fusiles sin percutor y una ametralladora con el cañón fundido.

No acaba con la evacuación el drama, al cabo de un tiempo que nunca se pudo medir, una patrulla de rifeños sorprende a la extenuada comitiva. Aún no ha dejado de llover y el cielo continúa oscuro. Dos años más tarde, serían liberados de un campo de prisioneros, un sargento de 26 años de edad y sólo dos de sus soldados.

El 14 de abril de 1934 D. Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República, imponía, en el marco del patio de armas del palacio de Oriente, cinco Cruces Laureadas a otros tantos héroes de la campaña de África, entre ellos el brigada de Ingenieros D. José García Marcos, para siempre ya el Sargento de Beni-Hassan.